



Monseñor Juan José Asenjo, ayer durante su homilía en la parroquia de San Pío X

KAKO RANGEL

Respeto y aprecio El prelado mostró su «aprecio y respeto» por el pueblo gitano y alabó la labor del cura Calderón

Utrera, Lebrija, Écija y de otras partes de España. Se cumplían ayer los dieciséis años desde que el entonces Papa Juan Pablo II beatificara al primer beato gitano, y monseñor Asenjo recordó en su homilía su figura, «su prudencia y sabiduría, su inteligencia natural y su buen juicio». «Ceferino —dijo—, que no supo leer ni escribir y que a pesar de ello era catequista, fue modelo de convivencia, la convivencia armoniosa que siempre tendría que existir entre payos y gitanos». El prelado recordó que el beato fue detenido en los últimos días del 36, al inicio de la Guerra Civil, por defender a un sacerdote amigo que arrastraban por las calles de Barbastro, «Le ofrecieron la libertad si dejaba de rezar el rosario. Prefirió permanecer en la prisión y afrontar el martirio antes que renegar de Jesucristo y apostatar de su fe». Fue fusilado en agosto «murió con el rosario en la mano mientras gritaba: Viva Cristo Rey».

Monseñor Asenjo manifestó públicamente su «aprecio y afecto por el pueblo gitano» y su apoyo a la labor del cura Calderón, de los religiosos y religiosas y laicos, en ese empeño de los grandes apóstoles del pueblo gitano en Andalucía, el Padre Manjón, el beato Manuel González, Manuel Siurot y San Pedro Poveda. Abogó, al tiempo, por «fortalecer la acción pastoral con los gitanos «evitando cualquier forma de rechazo, marginación y discriminación».

Su acercamiento se redondeó en esa petición con nombre caló a la Santísima Virgen, «venerada por los gitanos como la Majarí Calí» para que «bendiga al pueblo gitano».

«Pedimos a la Virgen, la Majarí Calí, que bendiga a los gitanos»

► El arzobispo celebró ayer en San Pío X la fiesta del beato Ceferino «El Pelé»

AURORA FLÓREZ
 SEVILLA

De la Plaza Virgen de los Reyes a la parroquia de San Pío X, en el Polígono Sur, hay poco más de cuatro kilómetros, alrededor de una hora a pie. La distancia no cuenta en este camino en el que no se sabe exactamente en qué punto cardinal muta el paisaje, como de sopetón, para apoyar a esa insólita comunidad de gitanos católicos que ayer celebraba la festividad del beato Ceferino Giménez «El Pelé», único miembro de esta etnia en los altares. Es lo que hizo ayer el arzobispo de Sevilla, en esa línea de ir a las periferias y los extrarradios que ha marcado el Papa Francisco, acercarse a la parroquia del cura Emilio Calderón, que lleva ya más de cuarenta años luchando por una zona estigmatizada, en la que han sucumbido más de media docena de planes públicos, en la que la exclusión campa a sus anchas y en donde el arte es puro.

Este arte, ante un auditorio que sobrepasó con creces el aforo de 350 personas de la iglesia y se mostró comedido, se celebró la misa de «El Pelé», reuniendo a gitanos y payos, presidida por el prelado y concelebrada por los curas Calderón y Pepe Mairena, Antonio Labrador y Manuel Mayor Fret,

en una misa cantada por Chiquetete, Jesús Heredia, El Pati (de Triana Pura), Romerito de Jerez, Quincalla, Paco Cruz, Mari de Utrera por alegrías, malagueñas, tonás, romances, fiestas, seguiiriyas. No fue aquello, sin embargo, un dispendio flamenco al modo paradigmático que se le podría suponer; sotto voce hubo algún ole tímido a la Mari de Utrera, una sorda palmada al fondo, poco más. Quizá el arzobispo

les imponía, pero el prelado se volcó con ellos, en su tono reposado, en una homilía de ensalzamiento gitano, sin alharacas, con hondura y con cariño.

El color litúrgico blanco, los grandes carteles de «Alegraos», «Espíritu de amor», «amaos los unos a los otros», «Espíritu de amor» narraban sencillez y la pancarta «Beato gitano, Ceferino», daba la razón para esa multitud en la parroquia, con gitanos llegados de